

cia y de confianza. Aun hoy día es un enigma para mis marineros el saber por qué su capitán emprendió esa excursión a la *hora de los espíritus*.

Habíamos oído hablar vagamente de un presente de vituallas que nos destinaba el bey; es un uso insoportable del Oriente, de que me quería yo eximir. Como Aulona, según había podido confirmar por mí mismo, no tiene importancia alguna, bajo el punto de vista de los intereses católicos, me hice a la vela el 21 muy de mañana, para volver costeando la Dalmacia. Brisa ligera nos alejaba ya, cuando vimos al ganado que el bey nos destinaba, llamarnos desde la ribera con sus balidos. Acaso este llamamiento aguaría la boca a más de uno; pero por lo que a mí tocaba, encantado estaba de romper todo lazo con la Albania.

Si este país es rico en esperanzas para el porvenir, en el presente solo es rico en decepciones, en materia de ciudades y de cacerías de jabalí.

## MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

### CAPÍTULO TERCERO

1859 Y 1860

10 de Noviembre de 1859.

A un largo verano de dolorosa memoria había sucedido un suave otoño más parecido a la primavera que a la triste estación en que todo languidece y muere. Las rosas, las violetas perfumadas, los azahares de aroma embriagante, lucían aun en nuestra agradable residencia de Miramar, en donde vivíamos rodeados de fresca verdura y de las olas azules de la mar. Cuando menos se esperaba, el frío se anunció tristemente con una brisa glacial que sopló toda la noche. El viento Norte invadió nuestro pequeño jardín, derribando sin piedad nuestras flores y destruyendo nuestras ilusiones. Aquel invierno, de que íbamos a huir, turbaba los sueños de la última noche que debíamos pasar bajo nuestro techo, y nos perseguía con sus gemidos siniestros que parecen decir: *memento mori*.

Hubo en la mañana algunas horas de calma, justamente las necesarias para la partida. Mi querido Miramar se mostraba por última vez con toda la seducción de su hermosura meridional. Al nacer el sol, dí a toda prisa una vuelta por el jardín, corté las últimas violetas, dirigí la mirada por todas partes, y al fin, bajé la escalera de mármol del embarcadero, y me alejé en el bote con el corazón oprimido por una profunda melancolía.

Algunos instantes después, me encontraba á bordo de la *Fantasia*, pequeño buque de corte atrevido y ligero. Ya sus ruedas he-

rian las olas, cuando los cañones de la batería resonaron en señal de despedida, y emprendimos la marcha sobre mi elemento favorito.

La costa y la mar estaban envueltas en las sombras, solamente Miramar brillaba, iluminado por un rayo del sol de otoño que tomé por un presagio favorable. Pronto comenzó a espumar la mar azotada por el soplo de la brisa: la *Fantasia* bailaba hasta rendirse de fatiga; pero confiados en aquel navío, que mas de una vez habia sido experimentado, pretendimos llegar a Pola, adonde me llamaban algunos asuntos relativos a la marina. Tenia que visitar un hermoso buque ya casi terminado y los trabajos del arsenal recientemente abierto.

En Pola soplaba tan violentamente la brisa que penetraba hasta la medula de los huesos. Me indignaba tener que sufrir aquel día tan crudo, aunque debiera ser el primero y el último, cuando me habia lisonjeado de que debia sustraerme del frío, hallándome en este tiempo en las regiones de los trópicos. Contaba, pues, con pasar de un otoño tibio y florido a la risueña estación de la primavera sin tener que soportar los rigores del invierno.

Mesina, 21 de Noviembre de 1859.

Abrió el tiempo, y el aire se sentía maravillosamente suave y benéfico. Para emplear la mañana, dimos un paseo por la ciudad y visitamos el jardín público, en donde los árboles aun estaban cubiertos de un tupido follaje: por todas partes habia flores y capullos. En fin, consagramos algunos momentos a la catedral y a la plaza en que aquella está situada.

Cerca de las tres nos reunimos para comer: la comida fué alegre; asistió a ella nuestro cónsul, hombre de mucho talento y de amena conversacion. A las cinco el vapor nos llevaba al Faro. El sol próximo a desaparecer, enviaba sus últimos rayos a las nobles montañas de Calabria, que parecian sonreír con aire de gratitud.

¡Extraño país es este reino de las Dos Sicilias! Cada vez que lo vuelvo a ver me siento seducido, embriagado con los encantos del clima y de la naturaleza, y cada vez me estremezco de nuevo pen-

sando en el estado en que se encuentran estas magníficas comarcas. No hay un pueblo en Europa, con la sola excepcion de los Lapones, que se halle tan bajo en la escala de la civilizacion. No hay un solo gobierno en la Europa que haga tan poco caso como éste del espíritu de la época y de los derechos del hombre: las administraciones que aquí se han sucedido hace algunos siglos, unas veces por corrupcion y perfidia, y otras con el ánimo de embrutecer, solamente han sabido afirmar más y más la preocupacion de que el soberano es todo y que puede hacer cuanto le plazca.

Luis XIV fué el primero que inventó la máxima de que el príncipe solo a Dios es responsable de sus actos; pero Dios está muy léjos de nosotros y no habla el idioma de los hombres. Sus determinaciones, aunque en ellas se quiera buscar el castigo, siempre se han interpretado á favor del soberano irresponsable; y por lo mismo, esta máxima ha venido a ser el verdadero tropiezo del principio monarquista. Los soberanos que no la han seguido y que obedecen con firmeza los principios del derecho, son los que aun permanecen en pié.

Nada se ha hecho aquí para levantar la dignidad del país y del pueblo: no hay caminos de hierro, ni aun siquiera vías cómodas para entregar al comercio los tesoros de la naturaleza: la justicia, este bien al cual tiene el pueblo un derecho imprescriptible, está organizada de tal manera, que únicamente los poderosos pueden ganar sus pleitos. Parece que se teme todo lo que es noble y grande: se castiga el entusiasmo; se ahoga en su gérmen el espíritu de asociacion, y sin embargo, esta es la única fuerza de impulso verdadero en el siglo diez y nueve, fuerza sin la cual, un Estado cae infaliblemente en la letargía.

Y a pesar de todo esto, el último rey, tal vez porque tenia un sistema fijo que adoptó con lógica y energía, tuvo muchos partidarios. Su sucesor, abrumado con esta herencia fatal, que no merece, seguramente jamás tendrá ocasion de mostrar si ha formado el designio de gobernar bajo mejores principios. El pueblo canta ahora:

*Vivan di Napoli i maccaroni,  
Che han più credito de' suoi padroni*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Vivan los macarrones de Nápoles, que valen mas que sus dueños.

¡Cuánto habrían podido hacer de este país manos hábiles y equitativas! Dios le ha concedido todo, le ha prodigado los tesoros naturales; pero los productos indígenas salen de aquí en estado bruto, para ser transformados en las fábricas extranjeras, y volver bajo la forma de los objetos necesarios para la vida.

No falta el oro; pero se le deposita como capital improductivo, en las arcas comunes, para ponerlo al abrigo de los ataques incessantes de los bandidos. Actualmente hay ocho millones encerrados en Mesina, enmoheciéndose por falta de uso: los habitantes han solicitado el favor de que se les permita fundar un banco; pero el gobierno napolitano ha cerrado los oídos.

Los brazos mismos serían baratos, condicion muy favorable para el establecimiento de las fábricas; la prueba es que en Mesina fácilmente encontramos hombres que condujesen a bordo carbon vegetal a razón de once kreutzers por tonelada, mientras que en Gravosa no nos fué posible encontrar quien lo hiciera por ménos de un florin.<sup>1</sup> Para concluir, pondremos, como un ejemplo, la manera con que aquí se invita a los funcionarios a que roben. Ultimamente fué favorecido en Mesina un empleado público con un nombramiento, cuyo tenor era el siguiente:

*Visti i meriti distinti del di Lei signor padre, ed i lunghi servigi da Lei prestati gratuitamente, noi la nomiamo ad Aggiunto presso l'esazione delle imposte indirette in Messina provvisoriamente, fuori di numero e senza soldo, affine che possa provvedere onestamente ai bisogni della sua famiglia.*<sup>2</sup>

(Alrededores de Málaga) Buen Retiro, 27 de Noviembre de 1859.

Salimos de Málaga al galope; a lo lejos se percibía el hermoso acueducto morisco iluminado por los rayos del sol, y llegamos a la aldea y al bosque de olivos que yo conocía ya. Aun estaban las parras cubiertas con sus hojas, en todas partes las flores embalsamaban el aire: hasta los árboles que comenzaban a desnu-

<sup>1</sup> El florin de Viena contiene sesenta kreutzers, y equivale a poco más de cuatro reales de nuestra moneda mexicana.

<sup>2</sup> En consideración a los distinguidos méritos del señor vuestro padre y a los largos servicios gratuitos que prestó, os nombramos adjunto de la recaudación de contribuciones indirectas de Mesina provisionalmente, fuera de la nómina y sin sueldo, á fin de que podáis proveer honradamente a las necesidades de vuestra familia.

darse tenían un resto de verdura. ¿Era todavía el otoño ó era ya la primavera? El cielo estaba radiante, la atmósfera tenía ese calor intenso que sentimos en nuestro país durante la estación florida. El canto de las alondras resonaba alegre en los aires; las golondrinas describían sus curvas caprichosas, y las mariposas volaban de flor en flor.

En medio de las rocas que sirven de asiento a la aldea, ví un asno que buscaba los cardos, disfrutando de aquel bello sol; y siguiendo mi camino, decía dentro de mí: “Mas vale ser asno en Málaga que sabio en las regiones frías y húmedas del Norte.” Apenas cruzó por mi espíritu este indecente pensamiento, cuando siguió la respuesta, como sigue el castigo después de la culpa. Encontramos en medio del camino, en un lugar lleno de aloes, un pobre cuadrúpedo de orejas largas que agonizaba abandonado del universo, y cuya moribunda mirada parecía pedirnos auxilio é implorar nuestra compasión. Es verdad que entre nosotros, en el Norte, se ha visto a muchos sabios morir en el abandono, y sin haber tenido el beneficio de un sol caliente que ilumine su agonía.

Llegamos a *Buen Retiro*, y tocamos con la aldaba. Después de una larga espera, vimos aparecer al mayordomo, que balbuciendo nos preguntó si llevábamos permiso. Se habían introducido algunos cambios en aquella morada, ordinariamente tan hospitalaria. La hermosa *señorita*, propietaria de aquella encantadora mansión, se acababa de casar con un personaje de Madrid, el conde de Villacázar, y su marido había hecho la feliz residencia un poco ménos accesible. Sin embargo, después de muchas explicaciones, logramos que se nos permitiese la entrada.

No hice más que recorrer las habitaciones que me eran demasiado conocidas, y repentinamente me encontré en el terrado, bañado por los rayos del sol y embalsamado con el perfume de las flores. Era como un sueño dorado en un palacio de hadas. Por todas partes a mi alrededor las ventanas y los balcones estaban cubiertos de jazmines en flor; las rosas de cienhojas se ostentaban con todo su esplendor; la rosa de la Alhambra y el *Salvia splendens*, brillaban como llamas entre la yerba: innumerables naranjos estaban adornados con sus manzanas de oro. A la derecha el cuadro estaba circundado por una verde corona de *doubangas* se-

culares cargadas con su fruto; a la izquierda se veía desprenderse sobre un cielo trasparente una balaustrada en que se alternan con regularidad estatuas de mármol de una blancura nacarada, naranjos de hermoso verde y grandes tiestos de barro de formas caprichosas. Como un contraste de aquel conjunto tan gracioso iluminado con los dorados rayos del sol, una hilera de sombríos cipreses se levanta en el fondo del jardín. Salvando sus cimas severas, la mirada se extiende sobre la llanura rodeada por una cadena de montañas gigantescas. A la extremidad de aquella llanura se descubre la ciudad bañada por una reluciente atmósfera y asentada en la márgen de la mar, cuyas aguas tranquilas tienen el azul de la turquesa. Algunas velas blancas pasaban en lontananza como las imágenes de un sueño.

Cuando uno se coloca en aquel terrado, se encuentra rodeado por los esplendores de la naturaleza mas rica, combinados con todo el lujo de las artes: el mármol, la yerba y las flores se unen para producir una sensacion que excita, calienta y eleva la imaginacion. En semejantes momentos parece que todo florece dentro de nosotros, que nuestra alma tiene alas y que vuela, cantando con la alondra, por el puro éter de los cielos. *Buen Retiro* es un palacio aéreo: allí, en la soledad, bajo la sombra de los árboles seculares, sumergido en un océano de flores y de aromas, ve uno extendida a sus piés la hermosa tierra con todas sus riquezas; la mirada abraza la mar sin límites: el mundo, con todo lo que encierra de vida y de movimiento, de esfuerzos y de luchas, se abre delante de nosotros como un inmenso libro que podemos hojear segun nuestro capricho.

El verano jamás abandona á *Buen Retiro*: nunca aquella mansion se desnuda de su vestido de flores. Las personas de mi comitiva que no conocian a España, ni al verdadero Mediodía, estaban arrobadas en éxtasis. Semejantes a hombres a quienes se hubiese trasladado bruscamente de una prision tenebrosa a un salon espléndidamente iluminado y lleno de gente, no sabian hácia qué parte dirigir primero sus miradas. Nos paseamos por todos aquellos lugares deliciosos, por todas aquellas calles de follaje, que despertaban en mí los mas dulces recuerdos, sin perjudicar al presente, siempre lleno de sorpresas. Penetramos de nuevo en una

calle cubierta de sombra, bajo la vasta cima de los *doubangas* del mas rico verde, donde las aguas frescas de la montaña corren por arroyuelos adornados de conchas. Visitamos por segunda vez el estanque circundado por cipreses que se elevan hasta los cielos. Allí encontramos una reciente plantacion de plátanos de anchas hojas, cargados de innumerable fruto. Hicimos tambien nuestra visita a los palmeros y al pino gigantesco, y fuimos a sentarnos al pié de éste para deleitarnos con su sombra y con la pureza del agua.

Se necesitaron largas conferencias para persuadir al intendente de que nos enseñase los grandes juegos de agua del jardín, en razon de que se lamentaba de que gastándose el agua, faltaria para unas prensas de aceite y apenas bastaria para las fuentes; pero en fin, cuando todos tomamos empeño, el buen hombre tuvo que ceder, hizo girar las llaves, se estableció la comunicacion, por todas partes se oyó un sordo murmullo, y repentinamente apareció a nuestra vista la maravilla de *Buen Retiro*.

Bajo la extensa glorieta de follaje, dos fuentes brotaron a un mismo tiempo, una del suelo y otra de la bóveda. El agua, saliendo por un conducto en forma de concha, describia un arco y volvia a caer de copa en copa; mas léjos el leon español vomitaba un ancho y límpido chorro en un estanque poblado de truchas. Mil arcos de agua caían en innumerables jarrones de mármol: una ancha cascada se precipitaba ruidosamente al pié de la balaustrada sobre anchas gradas; brillaban los colores de las conchas avivados por el líquido elemento; saltaban las fuentes entre las flores y los matorrales del prado; un polvo plateado envolvía el negro follaje de los cipreses. En el estanque principal, ranas y lagartos lanzaban rayos de cristal; las divinidades acuáticas parecian deleitarse con la frescura del baño; millares de perlas húmedas brillaban gozosamente en el aire á los rayos del sol, y formaban sobre el fondo de verdura un arco-iris que se elevaba hasta el azul de los cielos. Colocándose entre las parras, a la extremidad de los juegos de agua, se disfruta del conjunto de este cuadro mágico, que nuestro amigo el pintor supo reproducir con una rara inspiracion.

El artista eminente que dibujó aquel jardín, supo sacar tan buen partido del terreno, que todas las figuras que las aguas re-

presentan en el aire, limitadas entre las dos sombrías paredes de los cipreses, ejecutan sus juegos fantásticos entre el espectador y los dorados rayos del sol. Iluminado por detrás, el menor chorro de agua resplandece como un arco de diamantes, sin que una sola de las perlas que lo componen se escape a la vista deslumbrada.

El nuevo propietario debe ser un hombre de talento y de gusto, porque ha escogido aquella glorieta para hacerla su comedor. Allí, tomando su comida a la sombra, circundado por una atmósfera tibia y suave, hace jugar y murmurar a su alrededor aquellos surtidores de agua: un rey no podría hacer sus comidas más lujosas, ni podría presentar a sus convidados nada más perfecto. *Buen Retiro* ha caído en buenas manos. Ya sea que el conde al levantarse de la mesa dé un paseo por el terrado, fumando un aromático cigarro, ó que sentado en un banco de mármol, rodeado por los perfumes del jazmin, contemple con dulce descanso el sol poniente que lanza una luz roja sobre las estatuas, los naranjos y las rosas, y derrama sobre la llanura y las montañas una expresión de languidez y recogimiento, aquel conde es un dichoso mortal, es un epicúreo reflexivo y refinado que jamás tendrá gracias bastantes que darle al destino por haberle concedido la posesión de semejante pedazo de tierra.

Corresponde a los griegos, aquellos artistas tan ingeniosos y tan delicados, la honra de haber sabido inventar la armonía de los goces. Los romanos, aunque más groseros, se formaron en aquella escuela. Entre nosotros los alemanes, bebedores de cerveza, falta completamente el sentimiento de estas cosas. Pero también, no tenemos un sol que nos sonría, ni un clima en que se pueda tener confianza; nuestro aire es áspero y rudo, como nuestra existencia. Solamente en el Mediodía, y con especialidad entre los italianos, se encuentra aún el eco de los buenos tiempos clásicos antiguos. Los árabes de España sembraron una especie de oasis en el trascurso de los siglos: vemos todavía los restos de sus sueños petrificados y como cristalizados en Sevilla, Granada, el Cairo y Damasco; pero los habitantes del Norte, por una parte son demasiado extraños al sentimiento de las armonías, y por otra, circula por sus venas una sangre demasiado espesa para tener se-

mejantes concepciones. La armonía de los placeres, comprendida en un sentido elevado, supone la flor de todas las artes, los más ricos colores en la pintura, las nobles formas de la escultura, los más suaves acentos de la música, y aquella combina todo esto con los perfumes de la naturaleza, con las ventajas de un clima y de un cielo privilegiados, con todo lo que halaga los sentidos sin turbarlos, con todo lo que embellece la existencia y refina el espíritu. Así es como se forman los talentos, como el espíritu se hace creador y como el corazón sabe encontrar la poesía y los cantos.

Quisimos hoy ensayar un poco la realización de esta armonía tomando nuestro *lunch* en el terrado de mágicas vistas, entre los aromas del jazmin; pero a la puerta de aquel paraíso estaba de guardia un ángel armado con la flamígera espada, bajo el aspecto de rígido mayordomo, y no quiso permitir que comestible alguno viniese a profanar el eden confiado a su cuidado. Nos declaró con tanta energía como oportunidad, que *Buen Retiro* no es una fonda, y que si se concedía a una sola persona el permiso pedido, después ocurrirían otras cien a quienes no se les podría negar. Procuramos corromperlo con algún dinero, y rechazó altivamente los ofrecimientos, con lo cual en vez del vil metal, ganó mi perfecta estimación.

Yo también soy dueño de un pequeño paraíso, donde una multitud de personas tendrá deseos de tomar su almuerzo, a la sombra de las camelias, sobre un delicado tapiz de césped, frente a las aguas azules del Adriático: quiera Dios concederme siempre un mayordomo igual a este.

La única concesión que nos hizo fué indicarnos el patio de la alquería como el más conveniente para saborear nuestros placeres culinarios. Desempacamos el hígado gordo en conserva, el salmón, el queso de Chester y las carnes frías, y destapamos las botellas. La encantadora princesa A\*\*\*, siempre amable, siempre activa, nos hizo un café delicioso, y *monsignor* hizo hervir la leche con raro talento; digo que con raro talento, porque consiguió hacer con aquella leche de cabra española, una crema muy agradable para un almuerzo de septentrionales. La alegría y la gracia sazonaron aquella comida, que no estaba demasiado mala para gentes arrojadas del paraíso. Ofrecí al mayordomo un vaso lleno de jerez;